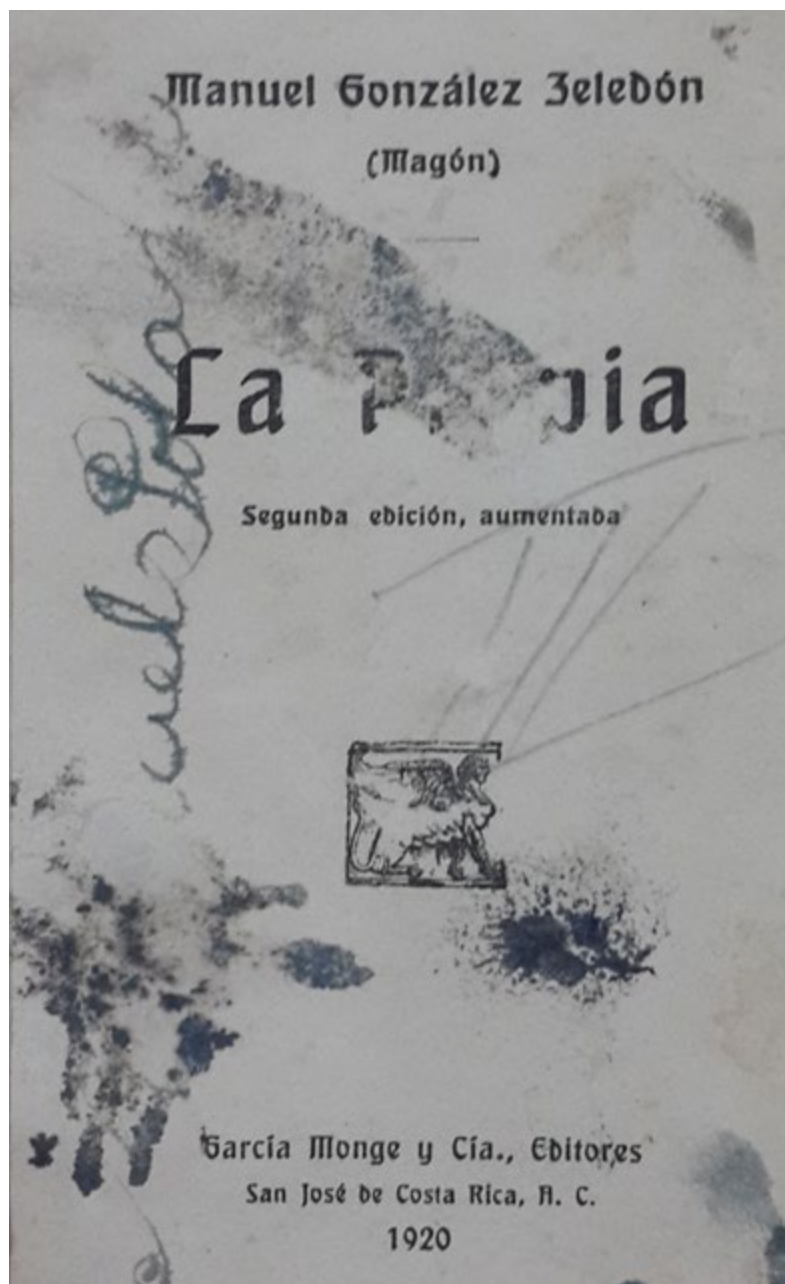


Manuel González Zeledón



He aquí un corto relato que posee todos los elementos para formar una valiosa novela de costumbres. No quiso Magón ampliar ciertos aspectos del paisaje, ciertos detalles del medio ambiente que habría dado a La propia las características de una novela perfecta. Es natural que, así como la dejó, se trata de una pequeña obra maestra de descripción, de análisis de caracteres, de estilo y de desarrollo.

Alguien hizo un viaje alrededor de su cuarto. ¿Por qué no emprender una excursión por las páginas bellas de este libro? Es como si recorriéramos, con la imaginación, algunas regiones de nuestra Costa Rica bien amada. Es como si nos detuviéramos, aquí y allá, a observar a nuestros buenos ticos, sin que ellos se dieran cuenta de que estamos mirando cuánto hacen, cuánto dicen y cuánto piensan.

Acá, a lo largo de las paredes de un corredor, en una limpia casa de campo, se nos presentan las bellas y las feas, las jóvenes y las viejas, las cogedoras de café, dedicadas a su labor de separar los granos limpios y parejos de los negros y quebrados. Al mismo tiempo, que mueven los brazos con ritmo no aprendido, cantan las unas, la última copla oída. Refieren, las otras las viejas, con seguridad, cuentos de espantos y de brujas. Voluptuosamente, unas se dedican a fumar cigarrillos de mal aliento tabaco criollo. Aquellas, las más, murmuran, murmuran Sin cesar, enlazando reputaciones con reputaciones a fin de que todas queden igualmente marcadas.

Acá, María Engracia, la guaría de Escazú. Moza galana que no tiene otro defecto que el de ser hija de una bruja. Pero aún de una celestina a quien nada importa vender, al mejor postor, los encantos íntimos de su bella hija. Y quien más ofrece es el

dueño del beneficio, el cafetal, del potrero, de la montaña, de todo, hasta de las voluntades ajenas: Ñor Julián Oconitrillo.

Se separa el viejo propietario de su hacendosa media naranja, Ña Micaela. Quien vivir, sin recato alguno, con la flor del barrio. y la ambiciosa Celestina se ve transformada, por arte de brujería, sin duda alguna, en una Mariturnes de la más baja especie.

María Engracia no es moza que se conforma con serio de un solo hombre. Menos aún si ese ha ido perdiendo las fuerzas a lo largo de muchos años de fáciles y variadas conquistas.

Ñor Julián se ve, de un momento a otro, abandonado. El sabe quién es el ladrón de su tesoro. A buscarlos se encamina. Los encuentra, cuando apenas ha podido satisfacer las recíprocas ansias de posesión. Los celos, como siempre, malos consejeros, dirigen la mano al homicida del viejo hacendado. El joven conquistador cae. La ninfa, como ninfa que es huye por en medio de los cafetales que no logran cubrir sus desnudeces admirables.

La cárcel, ya la puerta de ella una viejecita enlutada y llorosa. Trae un poco de cariño al hombre que quiso a abandonarla por otra, más joven es cierto, pero nunca más buena. Es Ña Micaela, la propia esposa porque la otra, siempre fue la ajena, la intrusa.

Hemos hecho el viaje alrededor de una deliciosa visión de nuestro pueblo. Lástima que no nos hubiera detenido el autor, siempre complaciente, para describirnos las faenas del trapiche en el que trabajaban Ñor Julián, María Engracia y la madre, tercer en la enumeración y amiga de tercerías inconfesables. Para hacernos vivir un sábado de mercado entre las ventas de maíz y las de dulce, cerca de las tiendas ambulantes que ostenta, como si fuesen gonfalones, inmensos pañuelos de colores brillantes y de curiosos arabescos.